

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN: MISA DEL DÍA

CICLO A

2ª Lectura-I (Col. 3, 1-4)



“Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo”

«Hermanos: Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca

Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.» (Col. 3, 1-4).

“Ya que habéis resucitado con Cristo”: S. Pablo había mostrado en el capítulo anterior que no tienen valor alguno para la salvación las falsas doctrinas de los falsos doctores colosenses:

*«Que nadie os prive del premio a causa del gusto por **ruines prácticas**, del culto de los ángeles, obsesionado por lo que vio, vanamente hinchado por su mente carnal, en lugar de mantenerse unido a la Cabeza, de la cual todo el Cuerpo, por medio de junturas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios. Una vez que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué sujetaros, como si aún vivierais en el mundo, a preceptos como “no tomes”, “no gustes”, “no toques”, cosas todas destinadas a perecer con el uso y debidas a **preceptos y doctrinas puramente humanos**? Tales cosas tienen una apariencia de sabiduría por su piedad afectada, sus mortificaciones y su rigor con el cuerpo; pero **sin valor alguno contra la insolencia de la carne.**» (Col. 2, 18-23).*

Lo que ahora propugna S. Pablo es la nueva vida del cristiano inserta en Cristo Jesús resucitado. Por el bautismo, el cristiano se incorpora a Cristo y participa de la “*resurrección con Cristo*”, cosa que exige en el cristiano una nueva postura ante la vida: debes vivir orientado hacia “*los bienes de arriba, donde está Cristo*”.

S. Pablo parte del principio de que el cristiano, muerto y resucitado místicamente con Cristo en el bautismo, ha roto sus vínculos con el mundo y sus doctrinas religiosas, carentes de todo valor en orden a la salvación:

*«Sepultados con él en el bautismo, **con él también habéis resucitado** por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos.» (Col. 2, 12).*

*«**Con él nos resucitó** y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús.» (Ef. 2, 6).*

El cristiano ha entrado en una vida nueva, la vida de la gracia (estado de resurrección espiritual, justicia y santidad), vida que posee ya realmente, pero que no se manifestará de modo pleno hasta después de la

parusía, cuando todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo Jesús seamos asociados públicamente a su triunfo glorioso.

“Buscad los bienes de allá arriba”: Por haber *“resucitado con Cristo”*, el cristiano está orientado hacia *“los bienes de allá arriba, donde está Cristo”*. Por tanto, sería una corrupción orientarse hacia los bienes de aquí abajo. S. Pablo te advierte sobre la responsabilidad que has adquirido como cristiano. La Iglesia no es una sucursal de lo mundano, sino de lo divino; tiene como padre y fundador al mismo Dios, nadie puede usurpar esa paternidad fundadora. Por más trámites que hagan las insulsas instituciones mundanas (mundanoicas), no podrán cambiar ontológicamente la paternidad real de un niño. Si lo pretendieran, estaríamos hablando de patología institucionalizada, tal vez estatalizada. ¡Y qué cosas no institucionaliza la frustrada pretensión de *“ser como dioses”*! (Gén. 3, 5). ¡Pobres ciegos...!: *“Se jactan de ser guías de ciegos”* (Rom. 2, 19).

El mundo tiene sus doctrinas religiosas, aunque antievangélicas y extremadamente corrompidas, cosa que pone en peligro tu vivencia de *“resucitado con Cristo”*. De aquí la exhortación de S. Pablo a orientar tus esfuerzos por *“los bienes de allá arriba, donde está Cristo”*.

La búsqueda de *“los bienes de allá arriba”* no se hace desentendiéndote de las realidades encomendadas por el Creador, cosa de la que también debes dar cuenta a Dios, sino precisamente llevando adelante la promoción de este mundo según voluntad de Dios, pero sin quedarte atrapado en esas realidades intramundanas como si mereciesen culto, pues ellas no se trascenderán a la vida eterna:

«*Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.*» (Gén. 1, 28).

Después del pecado de Adán, la inclinación del hombre por las cosas de este mundo se desordenó. Ahora las busca con ansia, demasía y desorden, razón por la que no es muy necesario advertir al hombre que se preocupe por la promoción de las cosas creadas; antes bien, por el mismo desorden del hombre que le lleva a olvidarse de su trascendencia eterna, S. Pablo le recuerda que debe *“buscar los bienes de allá arriba”*.

“Donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios”: Al *“resucitar con Cristo”*, con Cristo estás. Pero Cristo Jesús está *“sentado a la dere-*

cha de Dios". Luego tú, que ya sí estás "*sentado a la derecha de Dios*" en el misterio de Cristo Jesús, *todavía no* has llegado al fin, te queda todavía el "*buscar los bienes de allá arriba, donde está Cristo*", que no son otros que Dios y su eternidad.

Por haber "*resucitado con Cristo*", estás llamado a vivir eternamente con Cristo, pues estás misteriosamente integrado en la vida eterna de Cristo Jesús por la resurrección:

«*Oráculo de Yahveh a mi Señor: **Siéntate a mi diestra**, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies.*» (Sal. 110, 1).

"Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra": No aspiremos a las cosas de la tierra, en las que los falsos doctores ponen sus aspiraciones y sus gustos, las cuales carecen de todo valor saludable y son ocasión de pecado, pues fomentan la soberbia:

«*Mirad que nadie os esclavice mediante la vana **falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas**, según los elementos del mundo y no según Cristo.*» (Col. 2, 8).

Tu orientación en la vida tiene ahora una doble polaridad:

- a) "*Aspirar a los bienes de arriba*", del cielo.
- b) "*Renunciar a los bienes de la tierra*", corruptibles.

¡Imagínate lo engañado que está el mundo y el mundano!: ¡Necesidad más grande no es posible concebir! ¡O es que los hay más sabios que Dios! La eternidad pondrá las cosas en su sitio real.

"Porque habéis muerto": La muerte incapacita para realizar actividad vital alguna. Así pues, si el cristiano está muerto a las cosas de aquí abajo, queda incapacitado para vivir orientado hacia las cosas de aquí abajo.

Por el bautismo, el cristiano muere a este mundo temporal y terreno:

«*Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, **fuimos bautizados en su muerte.***» (Rom. 6, 3).

«Una vez que **habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo** ¿por qué sujetaros, como si aún vivierais en el mundo?» (Col. 2, 20).

“**Y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios**”: Pero el correlativo de la muerte a este mundo lo encuentras en la vida mística en Cristo Jesús. No es esta vida mística una vida espectacular, como ocurre con las realidades intramundanas, sino que “*está con Cristo escondida en Dios*”. Y por estar esta vida “*escondida*”, no es apreciada por los ojos de la carne. Esta vida está muy bien guardada para ser manifestada el día de la manifestación gloriosa de Cristo Jesús. Entonces pasarás a ser del cortejo real del Señor muerto y resucitado:

«*Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Éstos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero.*» (Ap. 14, 4).

“**Cuando aparezca Cristo, vida nuestra**”: La aparición universal, patente y gloriosa de Cristo Jesús, oculto actualmente para nosotros en la eternidad trinitaria, tendrá lugar al final de los tiempos, en la parusía. Será entonces cuando todo mortal entenderá que no tiene vida en sí, sino que su vida está en la Vida, en Cristo Jesús. Quien esté en Cristo Jesús, sentirá la vida a raudales desbordando todo su ser y llenándolo del gozo de Dios. Y quien no esté en Cristo Jesús, sentirá en sí su vida transida de muerte eterna llenándole de un dolor indecible, infernal.

“**Entonces también vosotros apareceréis**”: El cristiano lleva también una especie de ocultamiento a los ojos de este mundo ciego, que no quiere ver más que polvo y ceniza, pero llegará un día en que aparecerá el cristiano investido de la gloria de Dios, de la que participa ahora en el misterio por su infinita misericordia.

“**Juntamente con él, en gloria**”: Cuando se trata de contemplar algo de espíritu, el mundo, que está carnalizado, está ciego por completo. Pues bien, al final de la historia, “*cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con Él, en gloria*”. Se acabó la farsa del mundo y la humillación del seguidor de Cristo Jesús. Ha llegado el tiempo de la gloriosa y bienaventurada verdad sempiterna.

La aparición del cristiano con Cristo Jesús, “*juntamente con él, en gloria*”, es una realidad a la que no puede acceder el cristiano por sus propias fuerzas, pero cuenta con Dios que lo capacita:

«*Gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz.*» (Col. 1, 12).

«*Y, si (sois) hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados.*» (Rom. 8, 17).

2ª Lectura-II (1 Cor. 5, 6-8)

O bien, puede sustituirse por la siguiente lectura:



“Barred la levadura vieja, para ser una masa nueva”

«Hermanos: ¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácimos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo.

Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácimos de la sinceridad y la verdad.» (1 Cor. 5, 6-8).

“¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa?”: Parece que S. Pablo sigue refiriéndose todavía aquí al caso del incestuoso, del que acababa de escribir:

«Sólo se oye hablar de inmoralidad entre vosotros, y una inmoralidad tal, que no se da ni entre los gentiles, hasta el punto de que uno de vosotros vive con la mujer de su padre.» (1 Cor. 5, 1).

Este pecado, y cualquier pecado, como la levadura en la masa, si no es arrojado fuera, hay peligro de que extienda su pernicioso influjo a toda la comunidad cristiana de Corinto. Esta misma doctrina enseñaba también S. Pablo a los gálatas:

«Un poco de levadura fermenta toda la masa.» (Gál. 5, 9).

La imagen de la fermentación de la levadura, la toma S. Pablo de la Pascua judía: En la noche del 13 al 14 de nisán se tenía que sacar de casa todo pan fermentado, pues el pan pascual debía ser sin levadura, es decir, ácimo. De esta suerte, el cristiano debe vivir en perpetua pascua, es decir, arrojando de sí toda clase de pecado, para llevar en sí una vida pura y santa.

El pecado que se introduce en la comunidad cristiana es como la levadura que se introduce en la masa de pan: ¡fermenta! “*Un poco de levadura fermenta toda la masa*”, y un simple pecado es suficiente para corromper toda una comunidad, si se le permite el acceso a la comunidad:

«EL PECADO NO CORREGIDO CONTAMINA.

Ciertamente el pecado de uno contamina a muchos, si no es corregido. Más aún, todos, los que tienen conocimiento de él, si no lo evitan cuando pueden rechazarlo, lo disimulan. Pues no le parece a uno pecado,

cuando no lo corrige o procura evitarlo.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Primera Carta a los Corintios; CSEL 81/2, 55).

«UN PROBLEMA PARA TODA LA IGLESIA.

Pablo dice a los corintios que son culpables, porque al enorgullecerse de este hombre (que convivía maritalmente con la mujer de su padre: su madrastra) le han impedido arrepentirse. Y por eso añadió: “¿No sabéis que un poco de fermento corrompe a toda la masa?” Pues, aunque peque un individuo solo, puede corromper a todo el cuerpo de la Iglesia. Porque cuando al primero que peca no se le castiga, rápidamente también los demás pecan en las mismas cosas.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios, 15, 5; PG 61, 124).

De la misma manera, el cristiano, que ha sido purificado por las aguas del bautismo, y que ya es creatura nueva, pura (ácimo), si permite que los viejos fermentos pretéritos que quedan adheridos a la naturaleza humana se conserven en su interior, terminan por fermentar y corromper su conciencia. La tarea del cristiano consistirá en arrojar de su interior todo resabio pecaminoso que todavía reside en su corazón, de lo contrario echaría a perder su vida moral, que con tanto trabajo ha adquirido, y en progresar en la pureza interior.

«EL PAN, SIN LEVADURA, DE SINCERIDAD.

Como la levadura corrompe toda la masa, de igual modo la mala vida corrompe al hombre. Por ello, Pablo añade que nos cuidemos de la malicia de la vida y también de la perversidad, de modo que la sinceridad vuelva nuestra vida buena y la verdad aparte todo engaño.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Primera Carta a los Corintios; CSEL 81/2, 56-57).

“Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácidos”: El hombre nuevo, fundamentado en Cristo (nuevo Adán), debe barrer todo fundamento antiguo (viejo Adán). Extirpar el influjo del hombre viejo, para que surja el nuevo, es la doctrina que se predica con motivo de la resurrección de Jesús:

«Nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado.» (Rom. 6, 6).

*«Habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a **despojados**, en cuanto a vuestra vida anterior, del **hombre viejo** que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a **revestiros del Hombre Nuevo**, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad.» (Ef. 4, 21-24).*

***Despojaos del hombre viejo** con sus obras, y **revestíos del hombre nuevo**, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador.» (Col. 3, 9-10).*

Si todos hemos resucitado con Cristo, no se permitan gérmenes mortuorios en la nueva vida.

“*Levadura*” en este pasaje bíblico es símbolo de impureza, pecado, deterioro, corrupción, maldad, mentira, hipocresía, etc.

“*Ácimo*” en este pasaje bíblico es símbolo de pureza, gracia, salud, unidad, bondad, verdad, sinceridad, inocencia, integridad, belleza, buen gusto, etc.

“**Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo**”: El Apóstol toma pie de las festividades pascales con imágenes tomadas de las ceremonias sagradas: destrucción del pan fermentado, inmolación del cordero sin quebrarle un hueso, consumición de sólo pan ácimo (cf. **Lc. 22, 7**)... Y así, conforme a esta imagen de las festividades pascales, amonesta S. Pablo a los corintios para que arrojen de sí la “*vieja levadura*”, pues nuestro verdadero Cordero pascual, Cristo, ya “*ha sido inmolado*”, y, consiguientemente, debemos festejar esa fecha con “*ácimos*” de pureza y de verdad.

“**Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad)**”: Esta levadura se refiere a la herencia de Adán, que fermentó a toda la raza humana llevándola al sepulcro.

«LA LEVADURA CADUCADA.

Y en verdad me parece que lo del fermento viejo se refiere entre otras cosas a los sacerdotes que permiten que una cantidad enorme del fermento viejo permanezca dentro al no expurgar de la Iglesia a los codiciosos, a los extorsionadores y a todos los que se excluyen del reino de los cielos.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la primera Carta a los Corintios, 15, 11; PG 61, 127).

“Sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad”: Estos panes ácidos se refieren a la herencia de Cristo Jesús, nuevo Adán, que purificó a la raza humana llevándola a la gloria.

3ª Lectura (Jn. 20, 1-9)



“Él había de resucitar de entre los muertos”

«El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: –Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.»

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.»
(Jn. 20, 1-9).

El Domingo de Resurrección está todo él cuajado de apariciones de ángeles y del mismo Jesús. Esta es la primera aparición del ángel a las santas mujeres, después de la aparición de Jesús a su SS. Madre. Al finalizar el Día de la Resurrección se apareció Jesús al pequeño rebaño que estaba congregado en el Cenáculo, conmocionado por las diversas impre-

siones recibidas durante todo el día (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-43; Jn. 20, 19-23).

Los acontecimientos se desarrollaron según el siguiente orden:

1. María Magdalena va al sepulcro acompañada de otras mujeres (María la de Santiago, Salomé, Juana y otras), pero, al ver la piedra corrida, María Magdalena se separa de las otras mujeres, las cuales se quedan junto al sepulcro, y María Magdalena va corriendo a comunicar el acontecimiento a Pedro y Juan (Lc. 24, 2; Jn. 20, 1).
2. **Primer mensaje de María Magdalena** sobre el sepulcro vacío y presunta profanación del cadáver (Mc. 16, 4; Jn. 20, 2).
3. Al ausentarse María Magdalena, se aparecen los ángeles al resto de las mujeres anunciando que Jesús ha resucitado (Mc. 16, 5-8; Lc. 24, 5-8).
4. **Mensaje de las otras mujeres**, sobre la aparición de los ángeles, anunciando la resurrección a los discípulos (Mt. 28, 8; Lc. 24, 9).
5. Pedro y Juan corren al sepulcro (Lc. 24, 12; Jn. 20, 3-10).
6. **Primer mensaje de Pedro y de Juan** confirmando el mensaje de las mujeres.
7. Vuelve María Magdalena al sepulcro, donde se le aparece Jesús, confundido con el hortelano (Mc. 16, 9; Jn. 20, 11-17).
8. **Segundo mensaje de María Magdalena** a los discípulos diciendo que ella había visto al Señor (Mc. 16, 10; Jn. 20, 18).
9. Jesús se aparece a Pedro (Lc. 24, 34).
10. **Segundo mensaje de Pedro** diciendo que él también había visto a Jesús (Lc. 24, 34).
11. Jesús se aparece a los dos que iban camino de Emaús (Mc. 16, 12; Lc. 24, 13-32).
12. **Mensaje de los dos de Emaús** contando que Jesús se les había aparecido en el camino (Mc. 16, 13; Lc. 24, 33-35).
13. **Aparición de Jesús** a los discípulos al finalizar el domingo (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-49; Jn. 20, 19-23).

Así se fueron preparando providencialmente los ánimos del pequeño rebaño, para que, al llegar el momento de la aparición de Jesús, aceptasen la resurrección.

La resurrección no es creación teológica de la comunidad, ni de la apostólica ni de la post-apostólica. La resurrección se fue imponiendo a los primeros discípulos poco a poco, desde el exterior, según se iban desarrollando los acontecimientos del Día de la Resurrección.

“El primer día de la semana”: Día siguiente al sábado, es decir, el domingo. Se inaugura un nuevo orden de cosas. Ahora ya no es el sábado (Antiguo Testamento), sino el domingo (Nuevo Testamento) el día consagrado al **descanso** tras el duro bregar de la pasión. La historia de la humanidad no es conducida ya al sábado, en el que impera la muerte, sino al domingo. La pretensión autosalvadora de Adán no conduce al descanso, no hace entrar la historia en el descanso del Señor, la vida eterna:

«Me irrité contra esa generación y dije: Andan siempre errados en su corazón; no conocieron mis caminos. Por eso juré en mi cólera: ¡No entrarán en mi descanso!» (Hebr. 3, 10-11).

Es la redención de Cristo Jesús la que salva la historia haciéndola entrar en el descanso del Señor, el domingo.

*«Si Josué les hubiera proporcionado el descanso (al entrar en la tierra prometida), no habría hablado Dios más tarde, de **otro día**.» (Hebr. 4, 8).*

Toda pretensión teológica de constituir otro día, diferente del domingo, como día de descanso, está condenada al fracaso. No es admisible variación en este tema.

El cambio del sábado al domingo ilumina también el nuevo orden establecido en la creación. Es el cambio de Adán muerto, a Jesús resucitado; de la creación caída, a la recreación elevada.

Se anuncia con este cambio que Jesús ha instaurado una nueva creación, surgida de su Palabra encarnada.

«El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.» (2 Cor. 5, 17).

Queda descatalogado Adán y sus mundanos seguidores. Ahora es promocionado Cristo y sus cristianos seguidores.

La creación comienza “*el primer día de la semana*”, dice el Libro del Génesis, y en siete se hizo todo cuanto ha sido hecho. También ahora comienza la nueva creación “*el primer día de la semana*”.

«*Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todo su aparato, y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera.*» (Gén. 2, 1-2).

Aquí los días no son cronológicos, ni cosmológicos, sino teológicos. Son períodos de tiempo que no coinciden con el suceso de los acontecimientos de modo cronológico, sino lógico y teológico.

«EL SÁBADO Y LA RESURRECCIÓN.

Ciertamente los hombres antiguos honraban el sábado, pero el Señor cambió el día del sábado por el Domingo; tampoco nosotros despreciamos el sábado por nuestra autoridad, sino que es el profeta quien lo rechaza y dice: “Mi alma odia vuestras fiestas y vuestros sábados” (Is. 1, 13). Mientras se trataba de aquellas cosas que la ley tenía como dignas, o mientras el Maestro no había venido, las leyes mantenían el rigor del pedagogo; pero cuando ha llegado el Maestro sobra el pedagogo; una vez salido el sol, cesa el candil (cf. Jn. 20, 26; Hebr. 1, 10).» (S. ATANASIO, Homilía sobre el sembrador, 1; PG 28, 144).

“**María Magdalena**”: San Juan silencia intencionalmente a las demás mujeres. Sólo habla de María Magdalena, imagen de la Iglesia: *proviene* de la conversión de su mala vida, *se orienta* hacia la vida divina y *permanece* en la búsqueda de Dios a cualquier precio.

“**Fue al sepulcro**”: La finalidad de la visita de María Magdalena al sepulcro es la de embalsamar el cuerpo de Jesús. Hay amor a Jesús en estas mujeres, sí, pero desacertado, pero amoroso. Jesús premió, no su desacierto, sino su amor. No es bien revolver cadáveres para encontrar a Jesús. Jesús es un Dios de vivos no de muertos, y está en la gloria:

«*No es un Dios de muertos, sino de vivos.*» (Mt. 22, 32).

El viernes, por falta de tiempo suficiente, pues se celebraba la pascua judía, lo embalsamaron a Jesús precipitadamente. Ahora María Magdalena quiere hacerlo con la perfección que le dicta su amor a Jesús.

María Magdalena no piensa todavía en la resurrección. Le coge de sorpresa con los arcos de la muerte en la mano.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo (al viviente, la Vida)?» (Lc. 24, 5).

“Al amanecer”: Tiene prisa el amor por alumbrar la resurrección a la vida eterna desde el amanecer. Al primer destello del día primero de la nueva creación, aparece el nuevo Adán resucitado y glorioso. No quiere Jesús que inicie este día sin antes emerger de la oscuridad del sepulcro antiguo, ya glorioso. Adán, creado en los albores de la luz humana, aunque por él mortificada, debe ahora tomar posesión de la nueva luz sin ocaso, y esto desde “*el amanecer*”.

Tan pronto como le es permitido por la Ley, después del descanso sabático de la Antigua Ley, María Magdalena acude presurosa en busca del cadáver de Jesús.

La gran piedra del sepulcro no frena la fragilidad femenina de María Magdalena, pues su amor es grande; tampoco le frena la salvaje y criminal guardia romana, que, aunque tal vez ignorase su presencia, no ignoraba el odio judío a Dios, y por tanto es muy aventurado acercarse al sepulcro. El amor no sabe de obstáculos, ignora la prudencia humana, sólo sabe hacer servicios, y esto hasta perder el juicio.

“Cuando aún estaba oscuro”: Sobre la oscuridad de la sinagoga se va a elevar la luz de la Iglesia, sobre la tumba de Adán se va a elevar la resurrección de Jesús, sobre la miseria de la naturaleza caída se va a elevar la vida sobrenatural como un regalo infinito al hombre sumergido en el pecado.

“Y vio la losa quitada del sepulcro”: La pesada losa que tenía sepultada la humanidad, ha sido quitada. Lo constata la Iglesia, que pregona ininterrumpidamente la noticia desde la primera hora del domingo, es decir, desde los albores del Reino de los Cielos.

La mortuoria losa que tenía aprisionada tu alma en la muerte ha sido removida. Tu camino ya no es hacia la muerte, como en Adán:

«Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.» (Gén. 3, 24).

Tu camino es ahora hacia la vida, y ésta eterna.

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.» (Jn. 10, 10).

“Echó a correr”: La reacción de María Magdalena fue instantánea y propia de su psicología vehemente y enamorada. María “corre” como reacción a la anormalidad de la piedra rodada. No se resigna a que el cadáver no aparezca.

“Y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo”: Era muy razonable que María Magdalena acudiera a los dos discípulos más importantes y amantes de Jesús. En todo esto María Magdalena obra muy razonable y urgentemente, como pedía lo imprevisto del caso y el amor al cadáver, muy arraigado entre los judíos.

“A quien quería Jesús, y les dijo”: Hubiera sido suficiente acudir a Simón Pedro, que fue designado por Jesús como cabeza entre los demás apóstoles, sin embargo, también entra en escena “el otro discípulo a quien quería Jesús”.

El que S. Juan haya querido dejar constancia de este acontecimiento del discípulo amado por Jesús, no debe entenderse de una manifestación del propio evangelista a la posteridad, pues al omitir su nombre, se omite la particularidad de tal persona y se destaca la propiedad del virgen siguiendo aceleradamente a su dueño y señor.

“Se han llevado del sepulcro al Señor”: Así lo supone María Magdalena razonablemente, discurrendo al modo humano. La hipótesis de la resurrección sólo entraba en el plano sobrenatural y no se les ocurre ni a las mujeres ni a los hombres.

“Y no sabemos”: Contrasta este plural con los singulares (“fue”, “vio”, “corrió”, “dijo”) hasta ahora usados. Es un eco de que María Magdalena no ha ido sola, y eco también de la fidelidad de Juan al relatar las palabras de sus personajes. Aunque María Magdalena, por su vehe-

mencia, ha corrido separándose de sus compañeras, el mensaje, para mayor fuerza, lo da en nombre de todas.

Este es el primer mensaje que llega a los discípulos en la mañana del domingo: el sepulcro vacío. El mensaje lo trae María Magdalena sola. La providencia irá preparando a los discípulos para la aparición del propio Jesús resucitado.

Todos vivían en un ambiente psicológico ajeno a la resurrección del Señor y, poco a poco, pero de fuera a dentro, se van preparando los ánimos para admitirla.

“Dónde lo han puesto”: Es la segunda nota del mensaje:

- a) Lo han robado.
- b) No sabemos dónde está.

La piedad para con los difuntos era una gran virtud de los judíos. El cadáver se respetaba y guardaba como un tesoro. El amor por Jesús era lo único que le quedaba a María Magdalena. Por esto había que rescatar el cadáver y guardarlo bien. María Magdalena pide ayuda a los dos discípulos.

“Salieron Pedro y el otro discípulo”: Pedro y Juan amaban ardientemente a Jesús. María Magdalena lo sabía. Ha discurrido muy bien al avisarles a ellos primeramente, porque eran los que mejor podían reaccionar a favor del rescate del cadáver. Como, efectivamente, así fue.

“Camino del sepulcro”: Corren, sí, pero hacia la muerte. No, ya no debéis correr hacia el sepulcro de Adán, que ha resucitado: vuestro camino será desde ahora hacia la vida: la resurrección. La carrera loca de la humanidad hacia el sepulcro ha sido transmutada por Jesús, a través de los caminos de este mundo, en vida eterna:

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» (Mt. 28, 18-20).

“Los dos corrían juntos”: La prisa de los discípulos revela su interés por Jesús. Y la característica de correr juntos tiene como intención en S. Juan hacer que transcurran juntas la vida activa y la contemplativa, la ley y el carisma, la jerarquía y la obediencia.

“Pero el otro discípulo corría más que Pedro”: La circunstancia de que Juan corría más que Pedro es natural y es también rasgo de historicidad y de que quien narra es el actor.

Corre la jerarquía (S. Pedro) y la virtud (S. Juan) hacia la resurrección que ignoran, pero se adelanta la virginidad, aunque da preferencia a la jerarquía.

Pedro, no por ser jerarquía te creas más diestro que Juan. Juan, no por ser más diestro que Pedro te creas autoridad.

“Se adelantó”: No tiene por qué correr más el jerarca, aunque fuera de desear. Este es un camino diferente del mando. Si en el mando destaca S. Pedro, en la agilidad destaca S. Juan, y por ello le adelanta a S. Pedro, pero como en la autoridad prevalece S. Pedro, S. Juan espera a la puerta del sepulcro.

“Y llegó el primero al sepulcro”: Corriendo más se llega antes, pero no por ello se ocupa el lugar que le corresponde al que llega después.

“Y asomándose, vio (βλέπει) las vendas”: La expresión “ve” denota una mirada de observación reflexiva por lo anormal y significativo del hecho. Ya no está San Juan atrapado por los prejuicios precedentes, ahora comienza a abrirse al anuncio de Jesús sobre la resurrección.

S. Juan es el primero en ver y creer en las huellas de la resurrección, pero el respeto por el Príncipe de los apóstoles le lleva a ceder la entrada a S. Pedro.

“En el suelo (colocadas, κείμενα)”: Tres veces va a decir la versión litúrgica anterior que vio las vendas colocadas (vv. 5, 6 y 8). La nueva edición dice más acertadamente: “vio los lienzos tendidos”. Aunque “tendidos” se aproxima a la realidad, sin embargo, todavía le falta algo para esclarecer con precisión la intencionalidad de S. Juan en su evangelio. No vio los lienzos en el suelo, es decir, más abajo del lecho sepulcral, sino sobre el mismo lecho sepulcral, pero sin alboroto de lien-

zos, es decir, colocados, yacentes: tal como los dejaron envolviendo el cuerpo del Señor la tarde del viernes, pero ahora el cuerpo ha desaparecido como volatilizándose. Cosa que provoca la fe de S. Juan en la resurrección.

Es arbitraria la traducción “*en el suelo*” o “*plegado*”. Son intentos inventivos que pretenden esclarecer la oscuridad literaria del pasaje, pero lo que hacen es oscurecer más la realidad narrada por S. Juan.

“Pero no entró”: En un hecho de tan profunda significación, como era el ser testigo de la resurrección de Cristo Jesús, S. Juan quiere que sea S. Pedro el primero en verificarlo. Late aquí la conciencia que S. Juan tiene sobre el primado de S. Pedro.

Es significativo este gesto respetuoso de S. Juan por S. Pedro, pues había tenido contrariamente pretensiones primaciales:

«*Concedéndonos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.*» (Mc. 10, 37).

“Llegó también Simón Pedro, detrás de él (de Juan)”: Va la humilde autoridad detrás de la obediente virtud. Y como es obediencia virtuosa, cede el paso a la autoridad. Y como es humilde autoridad, constata la doctrina de la resurrección a la que antes ha llegado la virtud.

“Y entró en el sepulcro”: Y para qué tanta destreza y tanta autoridad si vuestra carrera es hacia el sepulcro, donde primero entró Pedro, pero también Juan. ¡Dónde habéis entrado!

Sin Jesús la carrera se desvía hacia la muerte. Con Jesús no hay desviación alguna: ¿Fue la SS. Virgen María al sepulcro? –Ella era la única que esperaba la resurrección, por contraposición a las otras Marías afligidas por la muerte de quien vive por los siglos.

“Vio las vendas ~~en el suelo~~ (colocadas, κείμενα)”: Segunda vez que encuentras repetida la expresión “*colocadas*”, en la versión litúrgica anterior. Este modo peculiar de estar las vendas no sugiere un robo, sino una resurrección. Las vendas estaban en sus correspondientes lugares. Tal como quedaron al resucitar Jesús. Al desaparecer (volatilizándose) el cadáver por la resurrección, las vendas hinchadas se desinflan. Es arbitraria la traducción “*en el suelo*”.

“Y el sudario con que le habían cubierto la cabeza”: Se trata del pañolón con el que habían atado la cabeza de Jesús, en orden a que forzara la mandíbula inferior contra la superior, para que la boca quedara cerrada y evitar una expresión menos conveniente para un difunto con la boca abierta. Pero también se solía cubrir con este pañolón la cara del difunto que había quedado desfigurado por cualquier motivo.

“No ~~por el suelo~~ con las vendas”: La diferenciación entre el pañolón y la sábana parece causar admiración en los dos discípulos de Jesús y provoca la fe en la resurrección. ¿Qué ha ocurrido con la disposición de este pañolón o sudario? –Que está en el lugar que ocupaba la cabeza de Jesús, pero ahora no está la cabeza ni tampoco hay síntomas de haber desanudado el sudario, lo cual les pareció increíble sin el milagro de la resurrección.

“Sino ~~enrollado~~ colocado (κεῖμενον) en su sitio”: Debería ser desatado el nudo que ceñía la cabeza para dejar libre a Jesús, pero no estaba desatado, sino que la cabeza había desaparecido (se había volatilizado) dejando intacto el nudo del sudario. Tal prodigio afianzó la voluntad de Pedro y Juan en la resurrección de Jesús, no en el robo del cadáver. Para un ladrón, ¿no vale más un sudario que un cadáver? ¿Cómo es que el ladrón se dejó lo que para él es más útil, el sudario?

Nuevamente hay que advertir que es arbitraria la traducción: “*plegado*”.

“Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro”: Primero se introduce en la constatación de la resurrección la jerarquía, pero luego le sigue de inmediato el carisma. Aquí es preciso advertir que el carisma no transcurre por camino diferente de la jerarquía, sino que le sigue detrás, con toda su agudeza, pero detrás.

“Vio y creyó”: No es suficiente la ausencia del cadáver para creer en la resurrección, pues lo podían haber robado. Pero si los ladrones se hubieran llevado el cuerpo del Señor, no se habrían dejado las vendas tan colocaditas en su correspondiente lugar. Es la disposición de las vendas lo que le hace convencer a S. Juan de que Jesús no fue robado, ni despojado de las vendas, como le despojaron a Lázaro, sino que Jesús fue resucitado de entre los muertos. Jesús abandona los lienzos como el sol abandona una estancia iluminada cuando llega el ocaso.

El sudario y las vendas son superfluos para un cuerpo resucitado. Por ello San Juan concluye: “*vio y creyó*”.

“Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura”: San Juan refleja aquí intencionalmente la antítesis entre la “*fe*” y la “*ignorancia*”. Cuando S. Juan habla de la fe (en singular, v. 8: “*vio y creyó*”), sólo cree Juan; pero cuando habla de la ignorancia (en plural, v. 9: “*no habían entendido*”), se refiere a los dos apóstoles.

- Jesús ha resucitado.
- Ya puedes llamar a Dios “*Padre*”: “*subo a mi Padre y vuestro Padre*” (Jn. 20, 17).
- La resurrección es el triunfo definitivo del amor.
- La resurrección es el triunfo de Dios, que sólo se le concede al que muere bajo el signo de la cruz.
- La resurrección es omnipotencia de amor.
- El amor es más fuerte que la muerte, y resucita al que muere.
- Lo que toca la cruz lo convierte en resurrección.
- Si en tu vida hay cruz, es que Dios quiere sacar resurrección de ti, porque la cruz no es un cadáver.
- La cruz es el trampolín de tu eternidad.

“Que él había de resucitar”: La vida no puede quedar infectada en el sepulcro. Es evidente que Jesús tiene que resucitar. Y esto fue tan difícil de comprender para los apóstoles que, mientras que no vieron la realidad cumplida, no se percataron de que la resurrección de Jesús es el final del tiempo y el inicio de la eternidad.

“De entre los muertos”: De entre tanto muerto como esconde el suelo, o mejor, de entre todos los muertos, sólo resucita uno, el de la cruz, el Hijo de la “*Madre María*”, el Hijo del “*Padre Dios*”. Y con Jesús resucitan también todos los que están con Él. Los demás que no están con Jesús degustarán la muerte sempiterna.

LA ALEGRÍA Y LA ESPERANZA DE LA PASCUA

(cf. CARLO MARÍA MARTINI, S. J., Homilía del Cardenal Arzobispo de Milán, del domingo de Pascua de Resurrección, 11 de Abril de 1993; 30 Días, Año VII – n° 68 [Mayo, 1993] págs. 68-69.)

En la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena aparecen cuatro momentos importantes de acción:

1. La mujer **busca a Jesús** o, por lo menos, su cadáver.
2. **Lo encuentra vivo**, pero no lo reconoce.
3. **Lo reconoce** y lo quiere todo para ella.
4. **Se queda sola**, pero con una misión para los demás.

1) La mujer busca a Jesús o, por lo menos, su cadáver.- A María Magdalena, en su búsqueda de Jesús, le animan buenas intenciones, pero busca poco, trata más bien de desahogar su dolor por aquél que le han arrancado y le bastaría poder llorar cerca del cuerpo de su Señor.

Al no encontrar el cuerpo, quisiera saber qué ha sucedido, por qué y adónde se lo han llevado.

En esta búsqueda, María Magdalena es la imagen de una sociedad que se siente afligida, perdida, sin Dios, y desearía por lo menos reflexionar un momento para poder comprender las razones de sus males y ver cuáles son los errores que ha cometido.

2) Lo encuentra vivo, pero no lo reconoce.- A María Magdalena se le da mucho más de lo que busca: encuentra vivo a Jesús, sobre cuyo cadáver quería llorar. Lo encuentra, aunque no lo reconoce; no sabe que su bien está delante de ella.

Es la imagen de una sociedad que, con los ojos ofuscados por el llanto, la vergüenza y la ira, reconoce a duras penas el bien que tiene delante, que ya le ha sido dado y que puede poseer.

3) Lo reconoce y lo quiere todo para ella.- En el tercer momento, María Magdalena reconoce a Jesús y entonces lo quisiera todo para ella, todo y enseguida.

Así le sucede a todo el que en una sociedad le ha sido concedida la posibilidad de entrever que existe una salvación, que el camino para salir de los males no está en la luna, que no debes esperar algo indefinido, porque ya lo tienes delante.

No es necesario reconstruir ninguna nueva y extraña ideología: la salvación está en tus manos: es Jesús resucitado quien te da las fuerzas

para hallar de nuevo tu dignidad, para volver a encontrar las razones para vivir y construir juntos una casa común.

Cuando se intuye que este remedio existe y que es sencillo, querrás realizarlo enseguida, de una vez, como si fuera algo que ya posees.

4) Se queda sola, pero con una misión para los demás.- Interviene, sin embargo, el cuarto momento de la narración, es decir, la dinámica de la esperanza.

María Magdalena quisiera poseer enseguida su bien, pero Jesús glorioso no le pertenece como posesión, sino como esperanza.

Jesús se entrega ahora a María Magdalena en la fe; y ella puede esperar la realización eterna de la comunión con Él y expresar en esta tierra, en una misión, lo que ha recibido: “*Ve a decirles a mis hermanos*” (Jn. 20, 17), comunícales lo que has visto.